15. ¿Por qué el Padre abandona al Hijo?

Al contemplar a Cristo en su Pasión, a Cristo en la Cruz, vemos que la desolación es una soledad abandonada. Pero gracias a la gratuidad misericordiosa de Dios, esta soledad abandonada se ha revelado como un lugar de acogida para nuestra soledad, para nuestra desolación, como la de los pastores, como la de toda persona que se ha encontrado con Jesús en el Evangelio y desde hace dos mil años hasta nosotros hoy. Es como si Dios, en el Verbo encarnado, hubiera hecho suya y dirigido hacia nosotros la sed de la cierva que anhela los arroyos, esa sed que el corazón humano, cuando es consciente, cuando no está encerrado en sí mismo, cuando no dirige su sed hacia ídolos de toda clase y naturaleza, siente orientada hacia Dios, *ad Deum*.

Es el gran misterio revelado por el Señor crucificado cuando clama: «¡Tengo sed!».
«Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Tengo sed". Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: "Está cumplido". E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.» (Jn 19,28-30)

He aquí que esta sed, esta desolación de Cristo, no se apagará hasta el fin del mundo, porque es sed de comunión con todos, sed de saciar la sed de amor, de comunión con Él, con el Padre, de todo corazón humano, hasta el último hombre y la última mujer de la historia. Ninguna droga, ninguna inteligencia artificial, ninguna riqueza ni poder mundanos, nada saciará esta sed del hombre salvo el encuentro con la sed de Cristo, que es la fuente de la comunión eterna con Dios.
La desolación de Cristo es una fuente de comunión ofrecida sin retorno a nuestra desolación y a la de todos. Por eso el Padre no ha colmado la desolación del Hijo crucificado. El «porqué» del abandono del Hijo por parte del Padre es la caridad de Dios que no se retira, es esa sed de comunión con todo ser humano desolado que ya no puede abandonar a la humanidad ni a la historia.

La tarde del pasado 24 de diciembre, mientras me preparaba para la Vigilia y la Misa de Medianoche, recibí desde la oficina de una prisión de alta seguridad el escaneo de una breve carta de un recluso con el que mantengo contacto desde hace algunos años. Me hablaba precisamente de la soledad que el advenimiento de Cristo consuela:
«En estos días, parece que la soledad ha sustituido a mi sombra. Las velas que se han encendido estas semanas parecen haber dado esa luz que ha disipado la sombra de la soledad. Estas semanas de Adviento me han preparado para la alegría de Jesús, que nace hoy como entonces. Mi deseo para todos es que todos puedan estar preparados para recibir la alegría de Cristo y la paz que Él nos da a todos».

En la Pasión según Marcos vemos que, tras la muerte del Señor, esa misma luz ilumina inmediatamente el corazón del centurión romano: «El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"». (Mc 15,38-39)

Se rasga el velo que ocultaba lo más sagrado que Israel conservaba, y el misterio se derrama de inmediato fuera del pueblo elegido e invade el mundo pagano, un torrente de luz y de verdad sin límites de tiempo ni de espacio, hasta tal punto que también nos ha alcanzado a nosotros.

Es interesante comparar la versión de esta conversión y confesión del centurión en el Evangelio de Marcos con la de Mateo: «El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados: "Verdaderamente este era Hijo de Dios"» (Mt 27,54)
En Mateo, la confesión está motivada más bien por un temor, un temor suscitado por acontecimientos externos, sísmicos y cósmicos. Es el temor que siente el hombre pagano, o el niño, ante las fuerzas y los fenómenos que no puede dominar ni racionalizar.
En Marcos, en cambio, el motivo de la conversión y la confesión del centurión es únicamente Jesucristo. Marcos destaca, ante todo, que el centurión se encuentra en presencia de Jesús, en primera fila, casi cara a cara con Él. Debía vigilarlo, velar por la ejecución del condenado, mantenerlo bajo vigilancia hasta su muerte. Probablemente está a lomos de un caballo, lo que sitúa su rostro realmente a la misma altura que el de Jesús. Y está mejor situado que María y Juan. Y mientras está allí mirándolo, tal vez sin sentimientos particulares, porque había visto muchas crucifixiones, se encuentra sin quererlo presenciando el momento crucial de la historia, el acontecimiento que es el corazón del universo, el momento que regenera la esencia de todo, el acontecimiento que renueva todas las cosas. Y es como si la conversión del centurión marcara el inicio de la regeneración de la humanidad y del universo. ¡Este centurión, del que ni siquiera conocemos el nombre, es el primero en convertirse gracias a la muerte en la cruz del Hijo de Dios!

Pero detengámonos un momento en el instante que vivió el centurión y que transformó su corazón y su vida.
«…al ver cómo había expirado…»
Yo he visto expirar a dos personas: a mi padre y a mi abad. El último aliento, la última exhalación —es decir, aquella a la que no le sigue una inhalación—, es como el símbolo de la naturaleza de la vida, del alma, que es un soplo recibido como don y que al final se devuelve para que sople eternamente en el amor de Dios, quien nos lo concedió en el principio, como a Adán. «Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo» (Génesis 2,7). Sin el don de ese soplo emitido directamente por Dios, el hombre no sería hombre, sino que habría quedado, en todo caso, como una bonita estatua, de esas que se hacen en las playas modelando la arena. Basta una ola, un poco de lluvia, un soplo de viento, y todo se desvanece. La criatura humana se vuelve eterna «por un soplo», literalmente.
Un soplo que parece nada, inconsistente, pero que, en cambio, lo cambia todo, marca toda la diferencia ontológica entre el polvo de la tierra y una persona viva.